

Entrevista Inédita: Luis Rivano Recuerda sus Diálogos con Pablo de Rokha

Por David Hevia

¿Cuándo conoció a Pablo de Rokha?

Yo lo admiraba mucho desde la distancia. No lo conocía. Y en los años cincuenta y algo, o sesenta, no me acuerdo muy bien, mucho antes de que le dieran el Premio Nacional, un poeta del sur, León Ocqueteaux, desaparecido también como tantos poetas, amigo de Jorge Teillier y de todos los escritores de la época, un día me dijo: “¿quieres conocerlo?” Yo le respondí: “me encantaría conocerlo”. “Vamos”, me contestó. “Pero ¿cómo vamos a ir así, sin aviso?”, pregunté. “Vamos, es simple, es como llegar a la casa de uno”, me respondió. Y bueno, fuimos a Los Guindos, por La Reina, una casa grande, medio campesina. Llegamos y eran como las cuatro, nos presentó y Pablo de Rokha nos acerca una silla: “ya, chiquillos poetas, siéntense ahí”, e inmediatamente empezamos a comer. Hizo una seña y la niña que estaba en la cocina llegó con un azafate grande con papas cocidas y una trenza de prietas largas, y los tres comiendo con su garrafa al lado. No se hablaba ni de poesía ni de grandes cosas. Se hablaba de la tierra, del campo. Yo me acuerdo que le llevé un regalo: el primer libro editado por Winétt de Rokha, antes de que se casara y con el seudónimo que tenía antes, que era Juana Inés de la Cruz... Y le llevo el libro, y ese libro tenía una dedicatoria que la autora le había enviado a Hernán Díaz Arrieta, Alone, y Alone me lo había regalado a mí, porque sabía que yo coleccionaba manuscritos, autógrafos, primeras ediciones... Y yo le llevé el libro de regalo. Hubieras visto a ese hombre...

¿Se desarmó?

Totalmente. Ahí nos habló de Winétt, de cómo era. Y estaba feliz, porque no tenía el libro o lo había perdido, o qué sé yo, y verlo ahí, con la letrita de ella, con la dedicatoria a Hernán Díaz Arrieta, lo emocionó mucho. Era un hombre muy acogedor. Imagina que yo era desconocido. Él era una muy buena persona, no tenía nada que ver con la imagen que mucha gente tiene de Pablo de Rokha, pero hay que decir que a favor de esa imagen estaba el hecho de que era grande, ancho, tenía una cara con perfil duro y un vozarrón tremendo. Todo eso da el aspecto de un hombre hosco, pero no, era todo lo contrario.

Era un hombre muy sensible.

Muy sensible, muy acogedor.

Y parece que la cocina y la mesa era su centro de operaciones para recibir gente.

Claro, si ese día llegamos a las cuatro y nos fuimos a las dos de la madrugada, después de esa vez debo haber ido dos o tres veces más a su casa. Otra vez fui porque Juan Rivano, el filósofo, mi hermano, quería conocerlo. Y lo recibió muy bien. También estuvimos hasta no sé qué hora. Mi hermano no es como yo, mi hermano no resiste...

... No está acostumbrado al traspasnoche.

No está acostumbrado ni al traspasnoche, ni a comer mucho, así que salió con la cabeza para todos lados.

En sus conversaciones él iba mezclando cuestiones de la vida cotidiana con aspectos de la literatura, de la coyuntura, me imagino también, y de la filosofía.

Claro, y de lo que más le gustaba hablar era de la comida, de cómo se hacía, de los lugares, cuando iba a Cauquenes o a Linares o a la casa de fulano de tal,

que habían llegado, que en una parte tenían la mitad de un cordero para comerse en la tarde... Él salía mucho en estas giras que hacía con el poeta Mario Ferrero. Llevaban cuadros que les daba un pintor chileno, que no me acuerdo quién era, un pintor muy bueno de la generación del 13, que les entregaba cuadros para que vendieran. Y se iban al sur, llevando cuadros, libros, de Pablo de Rokha, de Mario Ferrero, y eran una especie de poetas gitanos que se iban al sur y tenían sus amigos, los poetas y los escritores de todos los pueblos del sur que los alojaban.

Pablo de Rokha se llevaba los pueblos de Chile a su casa en La Reina.

Claro. Yo me acuerdo que una vez nos pusimos a discutir sobre Pablo Neruda, y él, furioso, tú sabes, y yo cometí el desaguado de decirle que a mí nunca me ha entusiasmado mucho la poesía de Pablo Neruda, en serio; pero que hay una cosa que a mí siempre me ha gustado y me ha interesado, que es *Residencia en la Tierra*. Yo le digo: “sí, lo que usted me dice está bien, pero tiene que reconocer que *Residencia en la Tierra*...”. Y el viejo me dice: “Sí, compañero. *Residencia en la Tierra* es un gran libro”.

Qué precioso ese reconocimiento. Cuando se hace una caricatura de lo que fue la guerrilla literaria, generalmente se plantea un blanco y negro que no incluye estos matices.

Claro, porque se iban a las patadas.

¿Cómo recuerda usted el momento en que Pablo de Rokha recibe el Premio Nacional de Literatura?

Ahí se dio un caso muy curioso. Si no se hubiera dado este caso, nunca le habrían dado el premio a Pablo de Rokha. En el jurado, que al final son tres los que tienen que dirimir realmente, había uno que no soportaba a Neruda, no quiero ni decir el nombre a pesar de que ya está muerto ese jurado; el otro, al que más o menos le gustaba, le interesaba Pablo de Rokha, entonces se dio la encrucijada de que uno quería molestar a Neruda y ése apoyó a los que estaban en la otra vereda.

Es decir, la guerrilla literaria desembarca en los años 20, llega a puerto varias décadas después y sigue pesando en ese momento.

Efectivamente. Jorge Teillier trabajaba en el Boletín de la Universidad de Chile, entonces ahí estaba también Waldo Rojas y nos juntábamos. En el caso mío, en ese tiempo yo era un admirador de los escritores, nunca había publicado nada. Estábamos al lado de lo que estaba pasando, de la Casa Central, que era donde estaba reunido el jurado, así que supimos al tiro y de ahí nos fuimos a la casa de Pablo de Rokha, a darle la noticia. Estaba igual que cabro chico de contento, era algo que él jamás pensaba que le fueran a dar.

Él había declarado muchas veces que el Premio Nacional era el premio de la burguesía.

Lo que pasa es que él nunca pensó que le iba a tocar. Cuando se lo dieron, el primer extrañado fue él.

¿Qué obras de Pablo de Rokha recuerda haber leído antes de conocerlo personalmente?

Hay un poema que me encanta: *Círculo*.

Retrata la época de influjo surrealista sobre Pablo de Rokha.

Sí. Pero, realmente, más que la poesía, lo que me maravillaba era la actitud del hombre, la lucha, eso de llegar y pescar sus maletas llenas de libros, vender, imponer a puñete sus cosas en todas partes. Eso lo encontraba admirable.

Debe haber sido una lección de vida para usted.

Claro, y para todos. Todos veíamos un ejemplo en eso, que no teníamos que estar esperando editoriales ni nada, sino que uno podía ir, hacer imprimir su libro y salir a venderlo. Y yo creo que mucha gente, una generación completa de escritores, se miró en Pablo de Rokha.



Poética

El Barco Épico

Sentada en una roca luego del almuerzo, y de prestarme para modelar en la pintura de algún prerrafaelista virtuoso, yo creía adivinar el futuro en las algas mientras miraba desvanecerse las espumas. Presentía en el horizonte la llegada de un barco fantasma, un barco épico que al divisar mi silueta de sirena vendría a rescatarme. En ese tiempo aún no sabía de qué. Yo era una sirena sin vocación de sirena. Lo que sí sabía, a pesar de la falta de lucidez que produce la incomunicación, era que el tiempo estaba desfasado. Me lo confirmaban los ecos que caían por las tardes, anuncios acerca de otras épocas que yo dejaba rodar entre el viento y los remolinos de la noche, hasta que al fin encontraran su fuente.

Era maravilloso, podía pasar horas enteras hilando esos espejismos que atrapaba sin dificultad a la luz de la luna. Eran cristales pequeños con escenas tan conmovedoras que daban ganas de entrar para mirarlas de cerca... en fin. Yo nadaba bien. Nunca supe porqué comencé a caminar ni porqué bailé tanto aquella tarde o hablé de más. El asunto es que soy proclive a las redes y a los anzuelos. Y a regalar mis escamas y a meter los dedos en trampas para ratones. Pero me sentía tan feliz de vivir en sociedad y probarme que había un lugar para mí, que no decía nada. Esta inhumana sensibilidad me dejaba expuesta a todo tipo de atropellos, y creo que fue por eso, nada más que por eso, que caí en esto de la poesía.

Lila Calderón

Integran el Directorio Nacional de la Sech: Roberto Rivera (presidente), Carmen Berenguer (vicepresidenta), Guillermo Martínez (secretario general), David Hevia, Alfredo Lavergne, César Millahueique, Isabel Gómez, Juan Pablo del Río, María de la Luz Ortega, Leandro Urbina y Naín Nómez.

Regreso a la Aldea

En la tarde del domingo el sol se oculta y reaparece, como si de nuevo quisiera jugar con los ociosos de la aldea; los soñadores de otra tierra, que circulaban por la calle infinita de la plaza.

Una vez más volvemos al paraíso abandonado; el humo de los cigarrillos suspende argollas blancas que se desvanecen hacia los arboles.

Lloran secretamente los ojos del perdido, por las nubes que se marcharon, y desde la mirada que dibuja caminos que nunca andaremos, veo salir millones de golondrinas volando hacia otro tiempo.

El atardecer prolonga mi sombra sobre las paredes rojas y las golondrinas que salen de esa mirada, cruzan el azul del firmamento.

Luis Contreras Jara

Narrativa

Estás en los Cielos

Mi mamá dice que la mami nos está mirando desde el cielo, que está con Dios. Yo me la imagino en un fondo todo celeste donde hay una nube que sostiene a la mami. Me imagino que se siente como un colchón muy blando lleno de plumas y algodón y espuma como los rellenos de los peluches, pero solo relleno, sin piel de peluche. La mami era muy gorda, como un sumo, pero esa nube la sostiene en el aire. Me la imagino sentada junto a Dios, pero no me imagino a Dios. A Dios no lo veo. Solo sé que está en esa nube con ella y cuando veo el fondo plano celeste sé que está ahí, veo su figura, pero cuando miro directamente, la figura desaparece.

Desde que murió la mami que me mira desde el cielo, me cuida. Ve conmigo la televisión y como sé que se aburre de los dibujos animados a veces le pongo su serie, porque sé que querría verla, pero en los comerciales vuelvo a lo mío y a veces me quedo pegada y se me olvida cambiarla. La mami ve si hago o no hago las tareas, ve si me como o no me como la comida, si me lavo o no los dientes e incluso me ve cuando voy al baño y hago caca y me da vergüenza a veces hacer, pero después pienso que no importa, es familia y es como mi mamá. No me daba vergüenza cuando solo estaba Dios. Porque es distinto. Dios me ha visto todo desde que nací y la mami me ve solo desde hace unos meses. Ahora pienso que sabe cuando le miento a mi mamá y que se debe enojar. La mami siempre me apoyaba a mí, pero ahora que lo sabe todo pienso que se decepciona, y que desde la nube, hace planes para que mi verdad oculta salga a la luz, porque la mami siempre decía que las mentiras siempre se saben, entonces algo hace ella para que me descubran y yo aprenda mi lección, porque desde que está en el cielo, definitivamente las mentiras no me resultan.

Hoy he pasado tres horas debajo de la mesa de la cocina. Lo hago desde hace algunas semanas. Al principio nadie lo había notado. Procuraba dejar la tele encendida en mi pieza para que pensaran que estaba ahí. Pero solo duré dos días sin ser descubierta. Qué haces aquí mi amor, dijo mi mamá. Nada, le contesté.

Al día siguiente lo hice justo en la hora en que llego del colegio y mi mamá no llega del trabajo. Son tres horas de diferencia más o menos, pero fui nuevamente descubierta. Esta vez por la vecina que me cuida. Es ridículo que me haya descubierto porque jamás sabe lo que estoy haciendo. No tiene idea. Va a buscarme al colegio y cuando llegamos a la casa deja sus chalas rojas horribles en la alfombra y ve televisión las tres horas que se demora en llegar mi mamá. Pero ahí estaba ahora, levantando el mantel.

-Mi niña, qué hace ahí abajo.

-Nada.

-Cómo nada, ¿le fue mal en el colegio?

-No.

-¿Tiene pena?

-No.

Todos desde que murió la mami me preguntan si tengo pena, o si la extraño. Yo me quedo callada

porque no la extraño: está conmigo. Me observa. Está aquí. La siento. Me ve ahora debajo de esta mesa. La segunda vez que la vecina me pilló debajo de la mesa le contó a mi mamá.

-Mi amor, la vecina me dijo que ayer y hoy habías pasado horas debajo de la mesa. Yo callé. Qué le importa. Aparte de que la mami me mira, la vecina le cuenta lo que hago a mi mamá.

-Y el otro día igual... ¿Qué pasa, mi amor?, ¿es por la mami?

La miré. ¿Cómo sabía?

-No tienes que estar triste, ella te mira todo el tiempo desde el cielo. Te acompaña.

La miré muy fijo a los ojos. Me sonrió, me dio un beso y se fue. Voy a estar todas las horas que pueda aquí. Tengo que encontrar la forma de que a nadie le moleste que pase horas debajo de la mesa. Estoy segura de que en algún momento la mami se va a aburrir y va a mirar a otra parte. Va a dejar de mirarme. Tiene que hacerlo. Tiene que pasar.

Javiera Astudillo

Una Historia Sabrosa

De visita en el taller de Manuel Gómez Assan, me entero de una historia digna de perpetuarse, para que el olvido no nos prive del incomparable sabor de este relato del viejo Chile...

Pero primero hay que contar por qué nació este interés de contar una historia y cómo se inició ésta... Al poco rato de llegar a su taller de la calle Merced y luego de los saludos de rigor, acepté el asiento que gentilmente me ofreciera. Después de una rápida mirada al notable trabajo de tan prolífico pintor, como es Manuel Gómez, a sus noventa y tantos años, centré mi atención en uno de sus últimos cuadros y le pregunté de dónde era ese paisaje que orillaba un río con sauces, arbustos y grandes álamos amarillando... Toda una belleza recreada con trazos precisos y llenos de color, la naturaleza expresada de forma exuberante y bien lograda por los pinceles de un pintor de largo oficio y sensibilidad exquisita.

Manuel respondió que ese óleo era una recreación de viejos bocetos que conservaba de sus viajes al sur; me explicó que era un paisaje de viejos apuntes que tenía guardados por más de cincuenta años, que ahora los materializaba, y ese, en especial, el que yo admiraba, era de la ciudad de Constitución, en la desembocadura del río Maule. El pintor comentó que en aquellos años era común degustar en esa zona la lisa frita, pez al que el poeta Pablo De Rokha le rindiera una entusiasta oda. -¿Las lisas? -pregunto yo a Manuel, pues para mí se trataba de un pez desconocido, seguramente en extinción, como toda esa bondades de la naturaleza que ya no están.

-El mar y los ríos han sido depredados, pero creo que aún existen las lisas ahí en el Maule. Al respecto, te contaré una historia de cuando tomé estos apuntes que ahora recupero. Hace unos días atrás me puse a remover viejos papeles y aparecieron estos bosquejos que siempre tomo de cientos de lugares; tú sabes que la memoria es feble y recuerdo que aquella vez viajé desde Talca hasta Constitución, en el tren del ramal que te lleva a la costa, que creo aún existe... Estamos hablando de los años cincuenta del siglo pasado. A mi llegada me esperaba en la estación un poeta amigo, Jaime Hernández de Latorre, ya no está en este mundo, pero permanece en el recuerdo; era un buen amigo... Yo llegué al mediodía. Después de instalarme en una posada, había que almorzar; entonces le pregunté a mi amigo por el restaurante donde el poeta De Rokha se había deslumbrado con la preparación de la lisa frita; yo debía ir ahí y no a otra parte. Me

contó que el merendero ya no estaba abierto, era la casa de las señoritas Carreño, que estaban muy mayores y su casa, que orillaba el río a unas cuadras de donde estábamos, fue cerrada por vetusta, según lo que él me informara. No me importó y me dispuse a averiguar si alguien heredaría los secretos de esa cocinería tan famosa. Nos dirigimos, resueltos, hasta la vieja casona de adobe, que estaba en un callejón arbolado, camino de tierra pues ahí no se conocía el pavimento. El río estaba a 50 metros de lo que se observaba, que debió ser el antiguo patio; es decir, eran casas emplazadas de tal manera que su límite era el inmenso río Maule, camino al mar... la casa típica del sur, pero ésta tenía una particularidad: una vara afuera, que debió ser para que los clientes de su época de esplendor amarraran sus caballos, pues casi nadie tenía vehículos, eran otros tiempos. Por ahí preguntamos si existía un lugar donde prepararan tal manjar. Nos dieron varias direcciones, casi todas en el centro de la ciudad, pero alguien comentó, con cierta sorna: “la señorita que fue dueña de este merendero está viva y habita una gran casona regentada por una monjas que cuidan ancianos”. Hasta ahí llegamos, preguntando por la señorita. La monja, dudando un poco de nuestro pretendido parentesco, nos llevó hasta una gran sala iluminada con enormes ventanales y ahí, en una silla, como abstraída del mundo, había una anciana. La monja me acercó una silla contigua y se retiró, acompañada de mi amigo poeta a un jardín arbolado, típico de esos antiguos patios de las casonas del sur.

La dama me miraba extrañada; era obvio que no me conocía para nada, su pelito escaso se le pegaba al cráneo y era fácil deducir que tenía más de 90 años. Le expliqué que venía por la fama de su restaurante, mencionando que el poeta Pablo de Rokha, en su homenaje, dedicó una oda a la lisa frita del Maule, preparada por ellas, las conocidas señoritas Carreño.

-Sí, lo recuerdo, era un gran señor; siempre que estaba por la zona, nos visitaba... Eran otros tiempos; mi hermana falleció y ya no tenía asunto seguir con el restaurante y yo, tan vieja, me vine aquí donde me cuidan... -¿Es usted poeta?, me preguntó, sorpresivamente.

-No, yo soy pintor, pero mi amigo que salió al patio con la monjita es poeta.

-Ah, un poco tarde, porque ya no existe nada de esa época que elogiaba el señor De Rokha; nuestra cocina se acabó para siempre. Pero ya que vino de tan lejos... ¿Usted es de Santiago o de Talca?

-De Santiago soy.

-Entonces, como no es de por aquí, acerque la silla y le voy a entregar la receta de cómo se preparan las lisas, para que nadie las olvide.

Yo me acerqué a la vieja dama y ella, casi hablándome al oído, me dio la famosa receta.

-Qué bien, es una buena historia, Manuel.

-¿Tienes un cuchillo, o un palo grande? -me preguntó Manuel, de súbito.

Lo miré extrañado, aunque es común deducir que los artistas son un poco locos, y me atreví a preguntar:

-¿Para qué?

Manuel, tomándose su cabeza con las palmas abiertas, respondió: -Merezco un palo o una cuchillada... Se me olvidó la receta.

Guillermo Martínez

Ilustración de Alexander Ilichev.



Escribenos a alerce@sech.cl